

probablemente de los hechos anormales que de cuando en cuando acaecen, veremos que la interpretación primitiva de los sueños ha de encontrar en ella un poderoso apoyo.

Junto con esta creencia, marcha naturalmente á su lado la de que realmente se encuentran las personas que se sueñan. Si el hombre que sueña cree que sus acciones son reales, cree real todo lo que vé, el lugar, la cosa, el ser vivo. De donde un grupo de hechos que igualmente se encuentra por todas partes.

Morgan afirma que los Iroqueses tienen los sueños por realidades y obedecen á sus mandatos, es decir, que hacen lo que les cuentan las gentes que ven en sueños; y de los Chippellas afirma Reating que, «ayunan á fin de proporcionarse sueños, cosa que estiman por encima de todas.» Segun Drury, los Malgaches «atribuyen una idea religiosa á los sueños; creen que el buen *diablo*.... viene á ellos, para decirles en sueños cuando han de hacer una cosa, ó para prevenirles contra algun peligro.» Elis cuenta que los naturales de las islas Sandwich creen que los miembros difuntos de una familia «aparecen algunas veces en sueños á los que sobreviven y velan sobre sus destinos;» y añade que los Tahitianos creen que el espíritu del muerto aparece algunas veces en sueño á los sobrevivientes. En África sucede lo mismo. Los pueblos del Congo que describe Reade, «creen que lo que ellos ven y oyen en sueños les viene de los espíritus;» y Krapf, que escribe sobre los Africanos orientales, dice que los Onanikas «creen que los espíritus de los muertos aparecen á los vivos en sueños.» Tambien los Cafres, dice Shooter, «parecen atribuir de una manera general, los sueños á los espíritus.» Callaway, á propósito de los Zulús, cita ejemplos numerosos de la misma creencia, habiendo recogido sus ideas de su misma boca. Inteligente como es, comparativamente, ese pueblo, pues goza de un estado social bastante adelantado, y aun cuando su lengua le permite distinguir las impresiones del sueño de las de la vela, sin embargo creen, aunque no sin dudar de ello algunas veces, en la realidad de las personas que se les aparecen en sueños. Entre muchos ejemplos citaré el de un hombre que se quejaba de haber sido apaleado por el espíritu de su hermano. Y decía á sus vecinos:

«He visto á mi hermano;» —y cuando se le preguntaba por lo que había dicho su hermano, contestaba: —«He soñado que me pegaba, y que me decía: ¿cómo es que tú no sabes ya quien soy yo?» —«Sí, yo sé quien eres; ¿qué haré

para demostrarte que te conozco? Sé que eres mi hermano.» —Apenas había pronunciado esas palabras cuando me preguntó: —«¿Por qué, pues, cuando sacrificas un buey no me invocas?» —«Te invoco, le contesté, y te alabo por tus títulos de alabanza. Dime sino, ¿qué buey he matado sin invocarte? Cuando he matado un buey te he invocado; cuando he matado una becerra te he invocado.» —«Quiero comer,» me dijo. —A lo que me opuse diciendo: —«No, hermano mio, no tengo buey alguno; ¿lo ves tú por ventura en mi parque?» —«Aun cuando no lo tengas quiero comer.» —Cuando desperté, sentí un fuerte dolor al costado, etc.»

Aun cuando esa idea, perfectamente definida, de un hermano difunto, representado como persona viva que pida de comer, é inflige una pena corporal á quien no le obedece, está tan lejos de nuestras creencias, que no nos parece posible; nosotros sabemos que lo es para los salvajes cuando recordamos hasta qué punto difiere poco de las creencias de las primeras razas civilizadas. Al principio del canto segundo de la Iliada vemos á Júpiter enviar un sueño, para engañar á los Griegos, representado por un personaje real que recibe indicaciones sobre lo que ha de decir al dormido Agamemnon. Es así como la alma de Patraclo apareció á Aquiles durante su sueño, «en todo semejante á sí mismo,» y le dijo: —«Dame pronto sepultura, para que pueda pasar las puertas del Hades.» Cuando Aquiles la coje «se desvanece como humo lanzando un grito.» Aquiles tomaba su sueño por una realidad, y la petición de esa alma por una orden imperiosa. Los autores hebreos nos enseñan lo mismo. Cuando leemos en el *Génesis* «que la palabra del Señor se hizo oír de Abraham en una vision,» que «Dios apareció á Abimelech en un sueño durante la noche,» que «el Señor apareció, se mantuvo de pié y gritó como otras veces: ¡Samuel! ¡Samuel!» reconocemos en ello la prueba de que los Hebreos tenían una creencia tan absoluta como los Griegos en la realidad objetiva de los seres que veían en sueños. En el transcurso de la civilización, esta fé no ha perdido terreno sino de una manera muy lenta; vive todavía, como lo prueban las relaciones que de cuando en cuando se citan de gentes que han aparecido poco despues de su muerte á parientes lejanos, y las supersticiones de los *espiritistas*.

En verdad, despues de haber escrito esta última palabra, no tenemos sino que imaginar que estamos despojados de nuestra civilización, que nuestras facultades han bajado, que nuestro saber se ha perdido, que nuestra lengua es vaga, que no sentimos la duda y no tenemos crítica para comprender que el hombre primitivo no puede dejar de concebir como reales los personajes de los

sueños que para nosotros tienen evidentemente una existencia sola y exclusivamente ideal.

Las creencias relativas al sueño ejercen una acción refleja respecto de otras creencias. Además de mantener un sistema entero de ideas erróneas, este error fundamental desacredita las ideas verdaderas que la experiencia, al acumularse, tiende sin cesar á establecer.

En efecto, en tanto se aceptan los sucesos del sueño como sucesos que han tenido realmente lugar, en tanto se toma por un orden real el orden de los fenómenos que en ellos se muestran, ¿qué hay que pensar del orden de los fenómenos que se observa en los estados de insomnio? La constancia que en ellos reina y que una repetición diaria de los mismos nos hace notar no es bastante para que nazca ese sentimiento de certitud que podría producir si el hombre no conociera otra cosa; en efecto, no dura en los sueños. Sin duda los árboles y las piedras que se ven en estado de insomnio, no ceden su puesto á otras cosas que cambian como un panorama, pero eso sucede cuando se cierran los ojos de noche. Cuando se fijan los ojos en un hombre en pleno día, no se vé que se transforme; pero durante el sueño, un objeto que se acaba de reconocer como uno de nuestros semejantes, truecáse en animal furioso y amenazador; lo que hace un momento era un hermoso lago se ha convertido en un barullo de cocalos y serpientes. Una vez despiertos, todo lo que podemos hacer para arrancarnos de la superficie de la tierra, es un salto de cuatro piés; pero dormidos, nos parece á veces que franqueamos de una volada inmensas regiones.

Así, pues, la experiencia adquirida en los sueños contradice sin cesar la experiencia adquirida durante el día, hasta el punto de anular las conclusiones que sacamos de la experiencia diurna. Aun sería mejor decir que tiende á confirmar las conclusiones erróneas sugeridas por la experiencia diurna, mejor que no apoyar las conclusiones correctas. En efecto; las apariciones y las desapariciones que tienen lugar súbitamente en los sueños ¿no prueban, como muchos hechos observados en estado de insomnio, que las cosas pueden, sin que uno sepa cómo explicarlas, pasar de un estado visible á un estado invisible, y viceversa? Y esas transformaciones apercebidas en sueños, ¿no están de completo acuerdo con esas otras transformaciones, las unas reales, las otras aparentes, que hacen que el hombre cree que no hay límite alguno á la posibilidad de las metamorfosis? Cuando, en sueños, recoge un objeto que se le figuraba una piedra, y ese objeto se transforma en un sér vivo, ¿no parece la cosa en armonía con el descubrimiento que ha hecho de fósiles que tienen la dureza de la

piedra, á la vez que también tienen la forma de seres vivos? Y en el mudarse en sueños un tigre en hombre, ¿no existe analogía alguna con la metamorfosis de los insectos por él observados, y con las aparentes transformaciones de las hojas en animales que se mueven?

Dicho se está, pues, que basta admitir que los actos percibidos en sueño son actos reales, para que el error fundamental que de ello resulta fortifique errores del mismo género producidos de otra manera. El apoyo que les presta es á la vez negativo y positivo: arroja el descrédito sobre esta parte de la experiencia adquirida durante el estado de insomnio, que es la fuente de verdaderas creencias; y viene en auxilio de la parte de la experiencia adquirida durante el insomnio que sugiere falsas creencias.

Véase, pues, como la concepción que el hombre primitivo se forma del sueño es natural y necesaria. Esa idea nos parece extraña, porque cuando la reflexionamos, no ponemos todo el cuidado en dejar á un lado la teoría del espíritu que la civilización ha introducido lentamente, fijado y encarnado en la lengua, teoría que nos asimilamos tan completamente desde el principio de la vida, que la tomamos sin razón por una noción original. Pero el espíritu no es una cosa que descubran los sentidos, no es tampoco que se nos revele como una entidad situada dentro de nosotros; no hay estado de conciencia en que el espíritu esté representado. Todavía hoy por hoy tenemos metafísicos que sostienen que no se puede conocer la existencia real más allá de las impresiones y de las ideas, pero hay otros que pretenden que las impresiones y las ideas implican la existencia de una cosa de la que señalan sus estados y que las une unas con otras para formar un todo continuo; prueba de que el espíritu tal como lo concebimos no es una intuición, sino una suposición, y por consiguiente, que no se le puede concebir en tanto no se hayan hecho ciertos progresos.

Lo cierto es que cuanto mayor atención ponemos en ese análisis, mayor es el convencimiento que sentimos de que no puede existir otra concepción del espíritu fuera de la expuesta, del espíritu propiamente dicho, en tanto la diferencia que existe entre una impresión y una idea no se reconoce de una manera clara. Al igual del niño, el hombre primitivo pasa por una fase de la inteligencia durante la cual no existe todavía la facultad de intuición que implican las palabras: «yo pienso, yo tengo ideas.» Durante largo tiempo, las observaciones que él generaliza son exclusivamente aquellas que conciernen á la naturaleza y propiedades de los objetos, y las que se relacionan á las fuerzas y á las impresiones activas y reactivas del mismo organismo. Despierto, las ideas que

acompañan perpétuamente sus sensaciones y las percepciones á que dan lugar esas sensaciones, son tan oscuras, y pasan de una manera tan rápida, que ni siquiera las nota; para notarlas sería necesario que pudiese hacer una crítica del espíritu imposible en esta fase primitiva de su desenvolvimiento. Los estados débiles de conciencia que durante el día son postergados por estados vivos, no se hacen aparentes más que por la noche, cuando los ojos están cerrados y los otros sentidos embotados. Solo entonces las funciones subjetivas se revelan claramente, como las estrellas se revelan cuando el Sol se ha puesto. Lo que quiere decir que la experiencia adquirida por el sueño precede necesariamente á la concepción de un estado mental propio, y que *es la experiencia con la cual la concepción de un estado mental acaba por constituirse*. Nótese el orden que sigue el encadenamiento: no se pueden interpretar los sueños como lo hacemos nosotros, por lo mismo que no se posee la hipótesis del espíritu como entidad distinta; la hipótesis del espíritu como entidad distinta, no podía existir antes de que la sugiera la experiencia; la experiencia que la sugiere es la que produce el sueño, á saber: una experiencia que parece implicar dos entidades; y en su forma primaria, la suposición de dos entidades implica la noción de que la segunda difiere de la primera únicamente en que se ausenta y obra durante la noche, en tanto la otra descansa. Solo después que ese supuesto duplicado, que en un principio se creía semejante en un todo al original, se ha ido modificando poco á poco perdiendo los caracteres físicos inconciliables con los hechos, es cuando se establece la hipótesis de un yo mental, tal como nosotros lo comprendemos.

Hé aquí, pues, el principio que sirve de germen á la organización de que son susceptibles las vagas observaciones del hombre primitivo. Esta creencia en un otro yo que le pertenece, está en armonía con todos los hechos que prueban la dualidad que las cosas ambientes le presentan; también lo está con esos hechos numerosos en que las cosas pasan de estados visibles á estados invisibles, y vice-versa. Además, por la comparación, descubre una analogía entre su propio duplicado y los de los otros objetos. En efecto, esos objetos, ¿no tienen miedo de su sombra? Él mismo, ¿no tiene una? Su sombra, ¿no se hace invisible por la noche? Entonces, ¿no es evidente que esta sombra que acompaña su cuerpo durante el día, es este otro yo que durante la noche vaga en busca de aventuras? Dicho se está, pues, que los Groenlandeses, que como lo hemos dicho, profesan esta creencia, tienen para adoptarla sus razones.

IDEAS DEL SÍNCOPE, DE LA APOPLEGÍA, DE LA CATALEPSIA, DEL ÉXTASIS
Y DE OTRAS FORMAS DE LA INSENSIBILIDAD

Diariamente observa el salvaje que el descanso del sueño ordinario, se cambia de pronto en actividad, cuando por accidente se obliga al hombre dormido á despertar; un ruido, una sacudida, le obligan á abrir los ojos, á hablar, á levantarse. Hasta puede observar diferencias en la intensidad de la causa que provoca el sueño. Así, para despertar, ora basta el más ligero sonido ó el más ligero contacto, ora es necesario un gran estruendo, una sacudida brutal, ó el dolor de un pinchazo. También le muestra la experiencia que, cuando el cuerpo de un hombre yace inmóvil é insensible, basta llamarlo por su nombre para reanimarlo.

Sin embargo, ocasiones hay en que las cosas pasan de otro modo. Así ora se trata de un individuo que da señales de un dolor extremo, y que de repente cae en un estado de inercia; ora se trata de una persona débil que hace un esfuerzo violento, ó que tiene un gran miedo, que experimenta un cambio análogo. Entre esas gentes, la sensibilidad ordinaria no puede restablecerse inmediatamente. En esas circunstancias, el Fijiese llama al paciente por su nombre, y cuando al fin logra despertarlo, se vé reducido á creer que se puede volver en sí á otro nada más que llamando al otro yo; pero no por esto deja de reconocer que esta vez la falta del otro yo no se parece á sus ordinarias ausencias. Evidentemente la producción de esta insensibilidad particular, que dura por lo común ménos de un minuto, pero que algunas veces persiste varias horas, viene en apoyo de la creencia primitiva en un duplicado que quita el cuerpo para luego volver; en ese caso, el abandono del cuerpo es más notable que de ordinario, y va acompañado del silencio sobre lo que se ha hecho ó visto en el intervalo.

Nuestra expresión familiar del lenguaje muestra como el síncope suministra una prueba aparente de la primera noción de dualidad. Así decimos de un individuo que sale de un desmayo, «que vuelve en sí.» La expresión es significativa; pues bien que no nos expliquemos ya la insensibilidad por la ausencia de una entidad que siente, nuestras expresiones prueban que hubo un tiempo en que la insensibilidad se explicaba de esta suerte.